

BORDES, CAMBIO Y PERMANENCIA¹

Teresa Ciudad*

Quisiera ofrecer algunas reflexiones personales sobre la situación tan convulsionada que vivimos y que este Congreso viene abordando desde el viernes en sus múltiples vertientes. He intentado organizarlas en tres acápites, que forman parte de los esfuerzos mediante los cuales los psicoanalistas intentamos procesar la complejidad de estos tiempos. Soy consciente de que cada uno merece un tratamiento de mayor amplitud y profundidad que la que he logrado. Sin embargo, pienso que los tres ejemplifican cuánto las cosas que pensábamos más sólidas y estables a través del tiempo pueden cambiar y conmocionarnos.

Mi elección ha sido 1) maternidad y bordes, 2) el ejercicio del psicoanálisis y la pandemia y 3) finalmente la paz, lo que nos lleva a plantear la pregunta: ¿hay razones para la esperanza?

Maternidad y Bordes

Siempre he pensado que el arte es el mejor termómetro de las sociedades, capta sus desencantos, sus dolores y desilusiones, sus alegrías y la belleza que somos capaces de crear y experimentar. La literatura es la mejor historiadora al brindar una visión intimista de los tiempos y el cine independiente liberado de visiones dicotómicas e idealizadoras, nos acerca a temas que no nos atrevemos mucho a pensar.

Dos películas recientes me dejaron, justamente, pensando los días siguientes a haberlas visto: “La hija oscura” y “La enfermedad de los domingos”, ambas planteando una suerte de crisis de la maternidad, nuestro viejo (para las mujeres)

* Psicoanalista en función didáctica y expresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Profesora y exdirectora del Instituto de la SPP. Licenciada en psicología clínica por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

<teresa.ciudad@hotmail.com>

1. Ponencia presentada en la mesa de cierre del XVII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, abril 2022.

mandato de supervivencia de la especie, amalgamado con identificaciones tempranas con nuestras madres y su particular ejercicio de ser madres.

Es un tema cuya complejidad nadie duda y menos ahora, y menos sabiendo cómo nuestra disciplina psicoanalítica nos ha permitido saber tras años de ejercicio clínico: cuán necesaria es para los niños y la formación de sus mentes, la presencia constante, dedicada y amorosa de una figura (¿padre, madre?) que vaya dando sentido prácticamente a todo y que los coloque en el mundo de una manera vital, realista, amorosa y creativa.

Este aporte a la comprensión de la gestación de las mentes le ha proporcionado al mundo una gama de conocimientos impensados hace un siglo; los conceptos de niñez y adolescencia son ahora indiscutibles, el reconocimiento a la complejidad de los vínculos y a las motivaciones humanas ha tomado el privilegio en prácticamente todos los aspectos de nuestra vida, desde la psicología al marketing, desde la política hasta la economía. Los roles de hombres y mujeres están en plena discusión y efervescencia. Sin embargo, el papel de la madre sigue, en el momento de ser interrumpido temporal o totalmente, como en las películas que mencioné al principio, sintiéndose como un desgarró, como algo que "no debe ser", poco entendido, poco explorado.

Como en toda disciplina, habrá los que parapetados en lo que venimos sabiendo, patologicen, amonesten, repriman a las mujeres que saliéndose de los bordes que la maternidad impone, escapan sin mirar atrás, deseosas de buscar otra vida, un desarrollo personal, profesional y vital para los que la maternidad suponía un obstáculo insalvable. ¿Pensaron en sus hijos, nos preguntamos? Pensaron que las esperaban, que las soñaban, ¿que las lloraban? ¿Cómo hicieron para silenciar esos pensamientos, esos recuerdos de seres a los que no solo dieron vida física sino también mental? Algo importante debió ocurrir en sus mentes para desandar una ruta impuesta por miles de años, algo a lo que con mucho temor miramos todavía sin entender. ¿Será la antesala de una situación nueva?

Como todo lo nuevo que aparece, nuestra primera reacción es al rechazo visceral y de eso no nos escapamos hasta los que nos pensamos de "mente abierta". Será que nos inquieta ver en otra mujer/madre una actitud de rechazo a la maternidad, ¿como si no quisiéramos ni pudiéramos vernos en ese espejo, ni individual ni colectivamente? La tolerancia es un punto de llegada, un lugar al que arribamos y que depende de la calidad del contacto que tengamos con nuestra realidad psíquica, un lugar al que llegamos después de habernos tropezado con nuestras inconsistencias, excesos y haberlos reconocido con pena y humildad. Quizás estamos en un momento en el que nuestras certezas más arraigadas, dentro de las cuales la maternidad es, qué duda cabe, un pilar hasta ahora indiscutible, estén empezando a ser miradas con inquietud y curiosidad. ¿Y si ese contorno sólido se empieza a desdibujar? ¿Cómo lo vamos a entender?

El ejercicio del psicoanálisis y la pandemia

Quizás estamos en momentos en los que hasta contornos tan sólidos como nuestra práctica analítica, simbolizada por el encuentro en un consultorio, un diván y el o la analista detrás de su paciente como imagen clásica, también ha sufrido una modificación, ¿temporal, definitiva, un híbrido? como efecto de una pandemia que nos aconsejaba guardar distancia y vivir con suspicacia la presencia de un otro. Lo híbrido nos remite a indeterminación y ambigüedad o tal vez abre hacia una experiencia nueva que subvierte todo, como la propia situación analítica que explora el ámbito de lo inconsciente.

Coincido con Howard Levine (2020) cuando afirma en su artículo "Covidian Life" que hasta el día de hoy, nos queda un largo camino de investigación y diálogo para llegar a hipótesis significativas y conclusiones sustantivas respecto a lo que la pandemia ha significado para nuestra disciplina. Tómese esto como parte de un diálogo.

Que nos hayamos adaptado es cierto; casi de inmediato, el lunes 16 de marzo del 2020 los analistas nos sentamos frente a una pantalla y a un teléfono y conversamos con nuestros pacientes sobre si continuábamos con un proceso que hasta ese momento era presencial. Pocos de nosotros habíamos experimentado procesos largos a distancia, salvo una que otra excepción. Mas aún, cuando se planteó la discusión años atrás sobre los análisis remotos, muchos consideramos — y me incluyo— la posibilidad como extraña y ajena a lo que la presencia le suponía al proceso. Sin embargo, nos adaptamos; con mayor o menor sufrimiento y descubrimiento. La mayoría seguimos trabajando, esforzándonos, a la par con nuestros pacientes a navegar en un encuadre distinto, a mantener la función analítica en nuestras mentes, a mantener un marco estructurante, marco imprescindible para que, al decir de Bleger (1967), "los más íntimos pensamientos sean vividos en la transferencia, explorados y entendidos". "También para que las partes más primitivas de la personalidad puedan ser contenidas".

Levine sostiene, y yo coincido, que los desafíos del Covid suponen dificultades tanto como oportunidades para adaptarnos, crecer, aprender y cambiar.

Quizás estamos en un momento en el que ya nos toca empezar a elaborar nuestra experiencia personal y colectiva con toda la verdad de la que seamos capaces. Durante la pandemia ¿cuántos de nosotros tuvimos que enfrentar en nuestros pacientes y en nosotros mismos el recrudescimiento de obsesiones respecto a la limpieza y la desconfianza?, ¿el dolor de pérdidas que no podían tener el consuelo siquiera de enterrar presencialmente a los deudos?, ¿angustias de muerte, terrores sin nombre? Seguramente tuvimos que atender estas y otras urgencias antes de recuperar nuestra tarea propiamente analítica. Retomo a Levine: ¿podremos aprender a especificar bajo qué circunstancias y con qué

pacientes funciona mejor el trabajo remoto? ¿Y qué podremos aprender acerca de las posibilidades y limitaciones en el entrenamiento analítico cuando se hace a distancia? Ximena Ostoja, de la XIII Promoción del Instituto de la SPP nos hablará de ello.

Tenemos entonces una tremenda tarea por delante. Al igual que con la maternidad y otras situaciones que han permanecido inamovibles en el tiempo, el encuentro íntimo y auténtico con nuestros pacientes ha tenido que ser vivido de manera distinta. Ferro en su artículo: "Qué significa estar en línea para el psicoanálisis" (2020), dice que hemos accedido al mundo moderno, en vez de continuar de la misma manera que hace 100 años: "esta crisis nos ha enseñado que no debemos dar las cosas por sentadas sino saber que pueden cambiar y tenemos que aprender a manejar desastres."

El acceso al mundo moderno lo veo más en el sentido que nuestras fronteras dentro del mundo psicoanalítico se han ampliado de manera insospechada. Podemos participar de conferencias para las que ya no se requiere viajar, participar de webinars, cursos, talleres, contar con la participación de profesores extranjeros para algunos cursos que se dictan en el Instituto de nuestra Sociedad y muchas otras posibilidades que la vía remota abrió. Como contraparte, puedo decir con pesar que nos perdemos ver y conversar con colegas amigos, establecer nuevos contactos amicales, intercambiar de formas más privadas impresiones sobre tal o cual ponencia, tener intercambios con colegas y profesores en discusiones clínicas que se enriquecen cuando son presenciales. Y así las consideraciones sobre ambas posibilidades pueden crecer al infinito. Y acá llamo su atención sobre algo: esas dos posibilidades ahora EXISTEN, nuestro mundo de opciones ha crecido y las restricciones que antes nos ataban a un solo modo de ejercer el psicoanálisis y participar activamente del mundo psicoanalítico ya no nos limitan más.

Como disciplina sería que es el psicoanálisis se nos hace necesario procesar la experiencia de manera personal y subjetiva; ni cerrarnos y decidir que la vía remota es la "nueva manera de hacer psicoanálisis que se adapta mejor a vida moderna con sus complicaciones de horario, tránsito y obligaciones de trabajo y familiares", ni tampoco suponer que con el regreso a la presencialidad hemos recuperado la "esencia" de lo psicoanalítico y que el trabajo remoto es un capítulo sobre el que hay que echar tierrita, escindir.

Algo importante nos ha pasado y como en las situaciones en las que nuestro mundo se conmociona nos vemos ante los riesgos de siempre: o elaboramos con toda la perturbación personal y colectiva que este proceso trae o evacuamos y nos deshacemos del mal sueño de lo remoto. Quizás, a veces, hacemos ambos.

Pandemia, guerra, ¿hay razones para la esperanza?

Y cuando pensábamos que la pandemia estaba en retirada, que para algunos estaba casi en la categoría de “mal sueño”, aparece otra peste, la guerra, focalizada en un remoto, para nosotros, país de Europa del este, Ucrania. Sin que todavía comprometa a otras naciones, no deja de ser una amenaza para la paz mundial, toda vez que las grandes potencias empiezan a mostrar los dientes y hacen amagos de superioridad en armas y recursos. Los hemos visto muchas veces hacer lo mismo, como si el futuro de la humanidad fuera un asunto de segundo orden.

En 1987 Hanna Segal (1987) escribió un artículo memorable en el IJP titulado “El peor crimen es callar” a propósito de la agresión de China en el sudeste asiático. Analizaba el principio de la disuasión que se funda en “que hay que ser más fuerte para causar temor en el enemigo, para impedir que se opte por la agresión”.

Pero decía Segal, hay un problema, porque si ambas partes se preparan para la guerra, por más que sea un amago, aumenta la posibilidad de un ataque inicial que resulte del temor: el equilibrio de un sistema de disuasión mutua está marcado por una inestabilidad inherente. El odio conduce al temor y el temor lleva a su vez al odio en un círculo vicioso que no se detiene.

Conocemos, dice Segal, que las pulsiones destructivas y autodestructivas pueden ser modificadas cuando “el individuo logra cierta introversión e imagina las consecuencias de lo que sus actos le significan a él y a los demás”. Sin embargo, eso es justamente lo que los gobiernos no hacen, que poderosos procesos de negación, de resistencias al conocimiento se instalan en la vida pública. ¡Cómo si no, entender distorsiones en el lenguaje en el que la señal clave para la detonación de la bomba en Hiroshima fue “ha nacido un bebé” y la bomba que se arrojó sobre Nagasaki era “el gordo”!

En el 2020 Christopher Bollas (2020) en un artículo titulado “Civilization and the discontented”, observa con preocupación cuánto las democracias han retrocedido en el mundo, a la vez que “grupos significativos de personas sucumben a procesos psicológicamente perturbados de pensamiento y acción” en alusión a los discursos de líderes políticos que como Trump y Bolsonaro negaron la pandemia como si ésta fuera un insulto a su narcisismo presidencial.

Así como Segal proponía como eje para la comprensión de las amenazas de guerra, mecanismos como la escisión y la negación, Bollas nos propone un “tránsito permanente entre una forma neurótica de pensar y una forma psicótica. Mientras los procesos neuróticos involucran conflictos entre **contenidos** de la mente, como el amor y el odio hacia una misma persona, los psicóticos involucran conflictos entre las **partes** de la mente, por ejemplo entre nuestra conciencia y nuestros impulsos. En este último, la gente se deshace de aquellas partes que le podrían causar alguna forma de dolor o perturbación.

Lo tremendo, dice Bollas es que “los procesos psicóticos siempre suponen la destrucción de importantes funciones mentales, tales como la capacidad de percibir la realidad para formar juicios sensatos, para filtrar emociones intensas y ser socialmente adaptados. Dado que los procesos psicóticos dividen el self, esto implica la pérdida de valiosos componentes de la vida mental como el sentido ético o la capacidad empática; estas pérdidas son la evidencia de haber sido invadidos y mermados por un enemigo”.

Hay otro elemento de la mayor importancia a considerar. Tanto Freud en *El malestar de la cultura* (1929) como Bion (1961), abordaron el tema del hombre con sus semejantes, lo que nos abrió una puerta hacia lo colectivo. De acuerdo a Bion un grupo puede presentar los rasgos de un “grupo de trabajo” que se orienta hacia la realidad o contrariamente, rasgos de un “grupo de supuesto básico”. En el primer caso, del grupo de trabajo (en coincidencia con la idea de Freud que formamos grupos para enfrentarnos a las fuerzas de la naturaleza) el grupo contiene y modifica de manera realista los elementos psicóticos. No obstante, en situaciones de angustia excesiva, el segundo tipo, el de supuesto básico predomina y puede tener un comportamiento destructivo y autodestructivo que en un individuo se consideraría un comportamiento psicótico. Por eso son importantes voces que nos hagan pensar al hombre inserto en el colectivo social, en los peligros que suponen liderazgos enfermos y las poderosas herramientas del marketing político que apelan a sentimientos patrióticos para ubicar al enemigo detrás de las fronteras (el muro de Trump) en vez de mirar hacia dentro.

El saber psicoanalítico muy rápidamente esbozado nos hace ver cuán útil nuestra voz puede ser en diferentes ámbitos, no solo clínicos. En la esfera del pensamiento, de la discusión de ideas podemos coincidir con pensadores de la mayor importancia. ¿Acaso Simone Weil (1961) en su libro “Apuntes sobre la supresión general de los partidos políticos” no abogaba por que en las escuelas se deje de estimular a los niños a que tomen partido a favor o en contra de algo? Dice textualmente: “cuánto más fácil sería decirles: mediten sobre este texto y expresen las reflexiones que les lleguen al espíritu”.

Continúa: “casi por todas partes, la operación de tomar partido, de tomar posición a favor o en contra, **ha sustituido a la obligación de pensar**. Es una lepra que ha tenido origen en los ambientes políticos y se ha extendido, a través de todo el país, casi a la totalidad del pensamiento.”

¿No es ese un poderoso argumento en contra del pensamiento binario que a todas luces tanto la cultura como los gobiernos y líderes políticos suelen emplear? Podemos participar de la vida pública con argumentos a favor de estimular el pensamiento, reconociendo, con genuina preocupación que todo está cambiando de una manera hasta vertiginosa, que nuestras certezas de ayer ya no pueden ser las mismas, las guerras, las pestes tienen otros tiempos (piénsese que la vacuna

contra el Covid se creó en solo diez meses cuando el tiempo promedio eran 5/10 años). Nuestra práctica probó poder ser ejercida de una manera muy diferente a lo que venía siendo; la maternidad, la sexualidad siguen cambiando sin pedir permiso. Se hace necesaria, más que nunca, una ética para estos tiempos en los que pareciera que podemos perder el rumbo.

A propósito de una ética acorde a nuestros tiempos no quisiera finalizar sin una breve reflexión de lo que ocurre en nuestro país. Seguramente coincidimos en la crisis que estamos viviendo. A mi juicio, es sobre todo una crisis moral cuyo efecto es devastador. Nos quita ilusión y esperanza de cambio, mina nuestra credibilidad en el bien común, nos coloca en una situación de desánimo y para muchos de una suerte de cinismo que tiende a cronificarse. Sin embargo, acá estamos, haciendo congresos que promueven el pensamiento, leyendo a autores psicoanalíticos que ya están publicando libros sobre la pandemia, recurriendo a historiadores, filósofos y políticos probos (si, los hay) para que nos ayuden a procesar esta compleja maraña en la que estamos todos. Opinando, discrepando, luchando para mantenernos alertas, creativos, participando.

A mi modo de ver solo así podremos mantener la esperanza.

Referencias bibliográficas

- Bion, W.R. (1961). *Experiencies in groups*. New York: Basic Books.
- Bleger, J. (1967). Psycho-analysis of the psychoanalytic frame. *International Journal of Psychoanalysis*, 48: 511-519.
- Bollas, Ch. (2020). *Civilization and the discontented. Psychoanalysis and covidian life*. Oxfordshire: Phoenix Publishing House, 3-21.
- Ferro, A. (2020). *Being online: what does it mean for psychoanalysis?* Oxfordshire: Phoenix Publishing House, 99-105.
- Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. *Obras Completas*. Biblioteca Nueva, Tomo III, 3017-3067.
- Levine, H. (2020). *Covidian life Psychoanalysis and covidian life*. Oxfordshire: Phoenix Publishing House, 263-276.
- Segal, H. (1987). El verdadero crimen es callar. *Libro Anual de Psicoanálisis*, Tomo III: 1-9.
- Weil, S. (1924). *Apuntes sobre la supresión general de los partidos políticos*. Ediciones Godot, impreso en Porter, Plaza 1202, 11-44.

Resumen

En este artículo quisiera ofrecer algunas reflexiones personales sobre la situación tan convulsionada que vivimos, en sus múltiples vertientes. He intentado organizarlas en tres acápites, que forman parte de los esfuerzos mediante los cuales los psicoanalistas intentamos procesar la complejidad de estos tiempos. Si bien cada uno merece un tratamiento de mayor amplitud y profundidad que la que he logrado, pienso que los tres ejemplifican cuánto las cosas que pensábamos más sólidas y estables a través del tiempo pueden cambiar y conmocionarnos. Mi elección ha sido: 1) maternidad y bordes, 2) el ejercicio del psicoanálisis y la pandemia y 3) finalmente la paz, lo que nos lleva a plantear la pregunta: ¿Hay razones para la esperanza?

Palabras clave: complejidad; maternidad; bordes; pandemia; psicosis; narcisismo; elaboración

Summary

In this article I would like to offer some personal reflections on the convulsive situation we are experiencing, in its many aspects. I have tried to organize them into three sections, which are part of the efforts by which we psychoanalysts try to process the complexity of these times. Although each one deserves a treatment of greater breadth and depth than I have achieved, I think that all three exemplify how much the things that we thought were most solid and stable through time can change and shake us. My choice has been: 1) motherhood and borders, 2) the exercise of psychoanalysis and the pandemic and 3) finally peace, which leads us to ask the question: Are there reasons for hope?

Keywords: complexity; maternity; borders; pandemic; psychosis; narcissism; elaboration